

Caja 2
Desarrollo económico

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL SUBSECRETARIO DE ESTADO DEL ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO, DR. ARTURO MORALES CARRION, EN LA INAUGURACION DEL PRIMER SEMINARIO SOBRE LA HISTORIA DE LAS IDEAS EN AMERICA, EL 3 DE DICIEMBRE DE 1956.

AMIGOS DE AMERICA:

Doy a todos ustedes una afectuosa bienvenida a Puerto Rico en nombre del gobierno de esta isla. La cooperación que hemos brindado al Instituto Panamericano de Geografía e Historia con el fin de realizar aquí esta significativa actividad corresponde a aspiraciones fundamentales del pueblo puertorriqueño. No queremos ser pueblo marginal, perdido en estos mares soleados del trópico americano. Algo más que la geografía nos convierte en encrucijada y punto de confluencia. Es la historia, el relato de la humana hazaña y de la humana voluntad. Es la conciencia de un destino común con América, con toda América, destino forjado en un pasado también común y en un futuro que pide, para realizarse, fraternal solidaridad y penetrante pensamiento.

Aquí en Puerto Rico estamos empeñados en esta tarea. Esta es una isla lanzada a una dramática transformación por obra y gracia de la voluntad del hombre. Ya cuaja entre nosotros un nuevo orden social, un nuevo tipo de organización económica, unas formas peculiarísimas de asociación política en libertad, una renovación acelerada de las bases y direcciones de la cultura general.

Marcha esta acolmenada sociedad hacia una nueva etapa de su civilización. Su pasado no es fondeadero para echar inmovible

ancla. No hay tiempo ni deseo ni voluntad de volver a él, de espaldas al presente y en negación de futuro. Pero hay, sí, honda necesidad de que no se pierda jamás de vista el entronque modestísimo de nuestra historia con la historia de América. No es regresión, sino interpretación, lo que queremos, en cuanto al tiempo ido. Hay entre muchos de nosotros una preocupación viva y tenaz por que se exploren las raíces, se determinen los elementos básicos de nuestra formación étnica, de nuestra evolución social, de las direcciones del pensamiento en sus fases diversas, de nuestra axiología cultural, en suma.

Esta es tarea que no podemos realizar en soledad. Para hallarnos, necesitamos confrontarnos con otros hombres y pueblos en parecida situación. Necesitamos abrir ventanas y no cerrarlas. Necesitamos que la inquietud ajena incite y enriquezca la propia. Necesitamos un pensamiento continuamente asediado por ideas nuevas, por perspectivas desconocidas, por formulaciones audaces. Pero siempre enmarcado en el mundo histórico al cual pertenecemos, siempre en función de las realidades que condicionan nuestro existir colectivo. Experimentar con las ideas para ser mejor y ser a plenitud, pero jamás para dejar de ser lo que somos.

Me he atrevido a formular, en breve síntesis, esta inquietud puertorriqueña porque sospecho que ella se repite con grados diversos de intensidad en otros pueblos de América. La labor de esta Comisión es prueba palpable de ello. Porque, a la postre, lo que aquí vamos a intercambiar, en atmósfera de plena libertad, no son secas enunciaciones de manual y cátedra, sino inquietudes sobre lo que han sido, lo que son, lo que han de ser el hombre y

la cultura en América. Hay una parte de América --la del Norte-- que ha comenzado ya a decir con enérgico acento su palabra en la historia. Hay otra parte de América --la del Centro y del Sur-- aún en efervescencia, aún en semimaduración, inconforme, inestable, pero en marcha. Apenas quedan esquinas dormidas en este continente. Y las que quedan, pronto despertarán.

Los demógrafos nos dicen que para el año 2000 habrá probablemente 500 millones de almas en la América Ibero con una población que duplique la de los Estados Unidos y el Canadá. Ese pasmoso crecimiento que se aviene, para no ser caos y desastre, exige una honda transformación de la vida material hispanoamericana, una sociedad urbanizada y tecnificada, una aptitud para la organización y la disciplina colectivas, una cultura rica en expresiones. Y exige, ante todo, que el pensamiento capte esa realidad fundamental y sea capaz de darle dirección creadora, sin destruir los valores vitales, sin encastillarse en sistemas nítidos, reñidos con el eclecticismo del existir cotidiano.

La historia en nuestro tiempo, como ha apuntado con acierto Karl Jaspers, comienza a ser verdaderamente universal. Lo es, porque el señorío de Occidente ha terminado. Multitud de pueblos que vivían sojuzgados y en penumbra, sin actividad ni iniciativa propias, meros elementos pasivos al mando de dominadores blancos, hoy intervienen en la historia en afirmación de ser y con intención de darle también a ella otro contenido, otro rumbo.

No será siempre juiciosa su actuación, pero será inevitable. Porque hay millones y millones de seres humanos, repartidos en

varios continentes, en rebeldía contra un pasado negativo y contra la pobreza extrema, la ignorancia cierta, la temprana enfermedad acechante, frutos de ese pasado. La tremenda, incontenible aspiración a cambiar su mundo, a elevarse al nivel del que fuera su amo, rompe barreras tradicionales, derrumba convencionales esquemas, salta sobre los golfos que separan las diferentes culturas, de pronto hace anacrónicas las típicas dicotomías.

En la época clásica del imperialismo, escribió Rudyard Kipling, "For East is East, and West is West
and never the twain shall meet."

Por hoy día Oriente y Occidente están confundidos y aun en sus propias tensiones contrapuestas, los entrelazamientos son inevitables. Hoy esos mundos culturales de la India, de Tailandia, del Sudeste Asiático, no parecen ya tan distantes. Hoy lo que quiere el campesino de Birmania y Etiopía o Indonesia e Irán coincide en lo fundamental con lo que desea el roto de Chile, el jíbaro puertorriqueño, y el indio de Bolivia. Sencillas, elementales apetencias colectivas --la higiénica vivienda, el mejor empleo, la más nutritiva alimentación, la salud más cuidada, la escuela cercana, y la libertad-- ;la libertad! en función de expresión espiritual y servicio social, acercan los más remotos pueblos, las más varias culturas. Esta clamorosa corriente humana, la de los millones de seres sin privilegios pero con caudal de privaciones, no tiene ni paciencia ni tiempo para aprender doctrinas que justifiquen los compartimentos estancos del pasado. No permitirán que el hombre de pensamiento se retire,

feliz y tranquilo, a su torre de marfil y se sustraiga de la vorágine social. No le darán paz a su labor intelectual. Le pedirán fórmulas reales, ideas activistas, esquemas que que hagan factible el mundo del futuro. O le dejarán de lado y se irán con el traficante de ideas espúreas, con el falso monedero ideológico, con el demagogo.

Al analizar lo que es América, lo que es Occidente, lo que constituye la trama viva de ideas con que nos definimos y nos proyectamos, tengamos amigos visitantes, muy en cuenta en este Seminario los grandes interrogantes del futuro. Y junto a la audacia del nuevo pensamiento, avivemos la vocación de libertad, sin la cual el mundo del porvenir no será morada acogedora del espíritu humano.